

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivó sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA CONCIENCIA.

La conciencia, ese conocimiento íntimo que tenemos de la bondad ó malicia de nuestras acciones, es la voz de la verdad que resuena en el fondo de nuestro ser, es la vista interior del alma que lee en la tabla de su corazón la ley escrita por el dedo de Dios.

La humana ignorancia borra los caracteres de esta ley escrita hasta dejarla ininteligible, y la humana malicia apaga esa voz de verdad hasta no dejarla oír sino como un eco lejano. Pero cuando callan las pasiones, se deja oír esta voz robusta y clara; cuando la luz de Dios hiere el alma, aparecen esos caracteres perfectamente grabados en la tabla del corazón.

Así como la ignorancia y la malicia desfiguran la conciencia sin destruirla, así la inteligencia y la bondad la completan y perfeccionan sin variarla. La inteligencia llega á explicar y comentar tan ámpliamente la ley de la conciencia, que logra aplicar una regla á cada una de las múltiples y variadas situaciones de la vida. La bondad llega á dar á la conciencia un temple tan delicado, que al mas ligero descuido percibe una disonancia semejante á la que en el arpa produce una cuerda destemplada.

Siendo la conciencia indestructible é invariable, tiene que ser la misma para todos los hombres, desde el sabio griego y el culto romano hasta el salvaje que no conoce mas

ciencia que la caza ni mas cultura que la agreste fisonomía de su bosque.

La ley evangélica no es sino la ley de la humana conciencia, pero completada con la sublime doctrina del Hijo de Dios, sancionada por su moral pura, y puesta en ejercicio en los ejemplos de su vida santísima.

El evangelio y la conciencia son como dos traslados de una beldad, dos retratos de la hermosa justicia, hechos de distinta manera por una misma mano, por la mano de Dios que maneja con igual maestría la naturaleza y la gracia.

Dios por la naturaleza, como con dócil lápiz, traza los puros contornos, los rasgos bellísimos de su obra, y deja en la conciencia un diseño correcto de la justicia; pero por la gracia, como con hábil pincel, derrama luz y colores sobre el diseño de la conciencia, hasta darle espíritu, animación y vida en el cuadro del evangelio.

Penetrado en uno de esos bosques que habita el salvaje, ese hombre-fiera, ese monstruo sin cabeza ni corazón, que no conoce mas ley que los brutales instintos: predicadle las sencillas y sublimes verdades del evangelio, y vereis como brota la luz en el caos de su mente, y como de la piedra de su corazón manan raudales de sentimientos generosos.

Antes el fulgor del rayo, el retumbar del trueno, la vista de la sierpe, el chillido del ave nocturna, el eco misterioso del bosque, infundían pavor en su espíritu supersticioso:

ahora solo cree y espera en el grande Espíritu, señor del trueno y del rayo, que envía la luz y apacienta el rebaño de las estrellas.

Antes adoraba una multitud de bárbaras divinidades; ahora su frente regenerada solo se inclina ante la cruz de palo que clavó el misionero en el tronco de añoso roble, y en ella adora el gran misterio del amor y misericordia del Hijo del grande Espíritu.

Antes la piedra de su altar chorreaba humana sangre; ahora asiste compungido y devoto al incruento sacrificio en que el Hijo de la Virgen se ofrece en hostia inmaculada para aplacar las iras del cielo.

Antes errante y vagabundo llamaba suyo todo lo que tocaba su mano, todo lo que pisaba su pié, todo lo que atravesaba su flecha; ahora sigue tranquilo el tardo paso de los bueyes, y del surco que riega con su sudor vé brotar frutos dulcísimos para él desconocidos.

Antes reservándose toda la perversidad de hombre, desconocía los gratos deberes de esposo y padre; ahora bajo el techo de paja que sustentan rústicas estacas, vé sentada á su única compañera, á la agraciada madre de sus hijos, que embalsama su existencia con las emanaciones de un amor puro.

Antes sus relaciones sociales eran comparables á las de los cocodrilos que en las aguas de sus rios combaten y se destrozan disputándose la presa codiciada: ahora alarga la mano de la hospitalidad al desconocido, le introduce en su choza, parte con él sus agrestes frutos, le hace dormir sobre su estera y le abriga con sus pieles.

Por mas degradada que estuviese la conciencia de este salvaje, quedaban en ella ciertos rasgos que recordaban las ideas de Dios creador, de la caída del hombre, de la espacion por la sangre, y los deberes de la continencia, del trabajo, de la propiedad, de la beneficencia; así en arruinado palacio quedan muros, mármoles, maderage y esculturas que hacen adivinar su primitivo esplendor.

La palabra del misionero no ha creado una nueva conciencia: no ha hecho mas que despertar aquellas grandes ideas y sentimientos

que yacían como dormidos en el fondo del alma, y purificándolos de su escoria en el crisol de la verdad revelada, é iluminándolos con la luz que brota de aquel que es *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, ha restituido á su primitiva pureza la conciencia de ese hombre que ha dejado de ser salvaje para ser cristiano. El conocimiento de Dios y de sí mismo, de su origen y de sus destinos, de su dignidad y de su caída, de su espacion y de la redencion del Calvario, los sentimientos de la caridad, de la igualdad, de la resignacion, de la esperanza, de la pureza, del sacrificio, en fin todas las grandes ideas del cristianismo, todos sus puros sentimientos, brotan como por encanto de aquella tosca cabeza, de aquel duro corazon. Así un sabio arquitecto reconstruye el arruinado palacio, levanta sobre sus bases las marmóreas columnas, apoya en ellas la dorada techumbre, estiende los pavimentos de mosaico, y deja restituidos aquellos antiguos muros á su antigua grandeza.

Si la humana conciencia se apoya en la naturaleza y se perfecciona por la gracia, si Dios es su único autor y restaurador, ¿quién podrá calcular su solidez incontrastable?

La conciencia resiste impasible la tiranía de los déspotas, la tiranía del error, la tiranía de las pasiones.

Los déspotas cortan con hierro cruel las ramas de este árbol frondoso; pero por sus raíces circula la savia fecunda, que reproduce sin cesar el duro tronco, las ramas florecientes.

El error amontona tierra sobre este fuego oculto; pero en un momento dado recobra su posicion lanzando con ímpetu la movediza arena.

Las pasiones atan con robustos cordeles los brazos robustísimos de este Sanson dormido; pero á la hora en que despierta, rompe sus ataduras y burla á sus opresores.

Bien lo saben los modernos *redentores* de la humana conciencia. Oid como por cien bocas y con cien leguas proclaman la fuerza, el dominio, los derechos, la inviolable soberanía de la conciencia. Con todo joh ciega

ambición de los mortales! ellos intentan imponerse á la conciencia; intentan domesticar este elefante, para asegurar sobre sus lomos el trono portátil de su predominio.

La experiencia ha venido demostrando que la conciencia, invencible por la fuerza, cae fácilmente vencida por la seducción y el engaño.

De aquí el poder tenebroso de los modernos trastornadores. No violentan la conciencia; se ponen á su lado, y con habilidosas lisonjas tratan de ganar su confianza.

La conciencia del pueblo es irresistible; ha roto mil veces el cetro de hierro de sus tiranos, y les ha arrojado al rostro las cadenas con que pensaron sujetarla; pero tan confiada como intrépida, besa el cetro de esos tiranuelos que se lo presentan sobredorado de libertad, y alarga sus manos á las cadenas que le ofrecen con nombre de derechos.

La conciencia del pueblo es recta, ama la verdad y abomina el error; pero tan candorosa como noble, escucha embelesada esas páginas evangélicas, cuyas divinas verdades truncadas, mutiladas, torcidamente aplicadas, prestan un brillo deslumbrador á los errores mas monstruosos.

La conciencia del pueblo es generosa, detesta las viles acciones é idolatra en los grandes hechos, en las magnánimas virtudes; pero tan crédula como entusiasta, se deja seducir por esos héroes de teatro, que con mentido disfraz conquistan los aplausos y roban las simpatías de las apasionadas muchedumbres.

Caso extraño! la justicia, la verdad, el orden, la religion, el culto, la patria, la autoridad, la obediencia, el respeto, la propiedad, los deberes, todos los grandes sentimientos, todos los sagrados objetos que adora la conciencia humana, los vemos conculcados, escarnecidos en nombre de la misma conciencia, y lo que mas es, en nombre de los mismos venerados objetos.

Nos deshonramos en nombre del honor, nos sublevamos en nombre del orden, perseguimos en nombre de la libertad, nos entronizamos en nombre de la igualdad, degollamos

en nombre de la fraternidad. ¡Tanto puede la fascinación de una conciencia engañada!

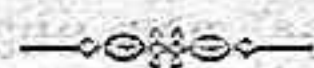
Pero si se engaña al pueblo, no se engañan sus pérfidos seductores. ¿Creeis que esos *regeneradores* que en nombre de la *libertad* y de la *justicia* destierran al jesuita, suprimen los conventos, privan de su profesion á las religiosas, se incautan de los bienes eclesiásticos, empobrecen al clero, vejan los obispos, prohíben las conferencias de san Vicente, y patrocinan y amparan todo lo que tienda á herir los nobles sentimientos del pueblo ó á eclipsar sus pasadas glorias, creeis, digo, que no entiendan mas claro que la luz que esa *libertad* y esa *justicia*, á parte de ser dos nombres sonoros, no son mas que un amargo sarcasmo?

Ah! sin duda así lo entienden; pero sin carácter, sin nobleza, sin dignidad, no tienen entereza bastante para seguir el impulso de su propia conciencia, y á trueque de satisfacer mezquinas pasiones, se consagran á sobornar la conciencia de los pueblos, acallando los gritos de la suya propia.

Pero ¡ay de ellos el dia en que reconozca el pueblo que ha sido engañado! el dia que entienda y palpe que sus amigos le han vendido, y que sus protectores le han burlado! La historia enseña que este dia tarde ó temprano amanece, y entonces el pueblo abre sus ojos, y al ver sus mas generosos sentimientos vil y cobardemente esplotados, entra en furor y destroza sus ídolos.

Estafadores de la conciencia, revendedores de *libertad*, traficantes de *justicia*, vosotros habeis engañado, habeis adormecido la conciencia del pueblo, pero no la habeis destruido; ahí en el fondo de las almas vive aun la idea y el sentimiento indestructible de la verdadera libertad, de la verdadera justicia, del verdadero orden, de la honra verdadera. Oh! el dia que la mano de Dios abra los ojos de ese pueblo, ¿dónde ocultareis vuestra vergüenza? ¿dónde huireis para ponerlos á cubierto de sus justas iras?

MIGUEL MAURA PRO.



JESUCRISTO.

V.

Los apologistas del cristianismo han demostrado con sólidos y vigorosos argumentos que su rápida propagación es un hecho de tal naturaleza, que no hubiera podido verificarse sin la intervención inmediata del brazo omnipotente. Sin la evidencia de que habían entrado en lucha con un poder superior, ¿cómo era posible que se rindiesen prisioneras la sensualidad y el orgullo, fuerzas las mas poderosas del ser humano? El evangelio no baña de miel las orillas del vaso que contiene su pócima saludable pero amarga al paladar enfermo, no cesa ante las contrariedades, no transige con las flaquezas, no capitula con los errores; y sin embargo ha conquistado el mundo, y le ha marcado con una cruz, á manera de hierro candente en las espaldas de un forzado. Para atravesar la tierra en todas direcciones necesario era que los prodigios le allanasen el camino, que milagro mas inexplicable seria haberse arraigado en ella sin milagro alguno.

Negar la necesidad y los fundamentos de una religion revelada, negar la autoridad de las santas escrituras y la autenticidad de los sagrados evangelios, negar la intervención de acontecimientos sobrenaturales y el portentoso guarismo de certificaciones rubricadas con la sangre del martirio, para esto bastan la perversion del entendimiento, mucha terquedad y no poca osadía. Mas, ¿cómo negar que hace diez y nueve siglos que existe el cristianismo, que se ha propagado por todos los ángulos de la tierra, que ha sido la lumbrera de infinitas generaciones, que lo es todavía de los pueblos mas cultos y civilizados? Para desembarazarse de este milagro permanente no hay medio á que la incredulidad no haya apelado. Reconocerlo como tal seria confesar su voluntaria ceguera: así es que se empeña en probar que el origen y propagación del cristianismo son hechos meramente humanos y dependientes de las leyes generales que rigen al universo.

En verdad que su razonador y científico aparato no sirve mas que de acumular sofismas, pero sofismas que haciendo causa común con las pasiones extravían á los incautos de liviano corazón y mal preparada inteligencia. Por mas que se inventen y formulen sistemas psicológicos, ¿podrá acreditarse nunca la idea de que el hombre naturalmente se inclina á la abnegación de sí mismo, á la dependencia de su corazón, á creer, con una fe que arrostra los suplicios, lo que no comprende ni le es dado com-

prender? Por mas minuciosa que sea la anatomía del corazón humano, por mas que se le examine fibra á fibra, latido á latido, ¿se vendrá á parar nunca en que de suyo se complace con las amarguras de la penitencia, la mortificación de los sentidos, los padecimientos de la cruz? ¿Y qué es el cristianismo sino la sumisión del espíritu y la crucifixión de la carne? Bien pueden hacerse profundas escavaciones en el campo de la historia; por mas que se consulten las tradiciones de ciertos pueblos y se indaguen las tendencias de ciertas razas, por mas que se calculen las necesidades políticas y se examinen las condiciones sociales de épocas determinadas, por mas que se realcen los elementos propicios y se depriman y aminoren los elementos de resistencia, nunca se hallará que el cristianismo haya aparecido y progresado bajo tan favorables auspicios que pueda llamarse obra de circunstancias. Y no se busquen ejemplos en la introducción y rápido desenvolvimiento de otras religiones, que para el cristianismo habia tantos obstáculos y tropiezos como para aquellas atractivos y facilidades. Si se viese que una bola rodando ascendia á la cumbre de un monte, ¿se explicaria este fenómeno diciendo que otra bola dejada en la pendiente habia rodado hasta el valle?

Y sin embargo, la incredulidad no desiste. Enemiga de los misterios, enemiga de los milagros, enemiga de todo lo que está fuera del alcance de la razón humana, porfía en someterlo todo á su compás y en buscar para todo soluciones en la esfera del puro naturalismo. «No dice, no existe en sus dogmas la fuerza intrínseca del cristianismo, la fuerza irresistible que nace de la verdad y que mas pronto ó mas tarde la conduce al triunfo. No porque se le proclamaba Dios, logró Jesucristo transformar el mundo: lo ha conseguido á pesar de esta proclamación á que se resiste una inteligencia despejada. Su fortuna consistió en llegar á tiempo. Agitabase en las entrañas de la humanidad el árduo problema de sus destinos, y no podia menos de reconocerse cuán imperfectas eran las soluciones hasta entonces ideadas. Las añejas fórmulas del sentimiento religioso no se hallaban ya en armonía con la avanzada cultura de las naciones. Dejábase sentir en las profundidades de la conciencia humana la necesidad de un culto mas ideal, de principios mas elevados, de costumbres mas severas, de afectos mas generosos. La corrupción de la carne esparcía ya en la atmósfera el hedor de la podredumbre, y urgía la conveniencia de una reacción saludable, aun á riesgo de que fuera excesiva. Jesucristo dis-

tinguió en esas vagas, dispersas é incoherentes aspiraciones el embrión de una reforma imprescindible, y con su poderoso aliento le infundió el alma de que carecía. Además el evangelio era la inversión completa de las ideas dominantes, calificaba de muy diferente manera las cosas y las personas, hacia grande de lo pequeño y pequeño de lo grande, lanzaba sus anatemas contra lo que se creía una dicha, y bendecía á lo que se reputaba infortunio. Proclamó bienaventurados á los pobres y humildes, á los desnudos y hambrientos, á los atribulados y perseguidos, ¿qué mucho que los desheredados del mundo corriesen á la sombra de esta bandera, que se alzaba para patrocinarles, que les rehabilitaba á los ojos de sus semejantes, que les transfería la grandeza moral y les colmaba de inefables esperanzas? El evangelio anunciaba la igualdad de todos los hombres por ser hijos todos de un mismo Dios, ¿cómo no habian de acudir muchos á trocar por ese nivel el yugo oneroso que sobre sus cuellos gravitaba? Las primitivas asociaciones de los cristianos, enlazados con un vínculo de fraternidad admirable, ofrecían el ejemplo de una virtud que dejaba muy atrás la de los Esenios y Therapeutas, ¿cómo el natural impulso de la imitación no habia de agregarles nuevos y mas numerosos individuos? El orden, la disciplina de esta minoría compacta y enérgica, ¿podia menos de abrir profunda brecha en las opiniones de la muchedumbre? ¿Y el espíritu de proselitismo? y el ardor del entusiasmo? y la sangre que fecunda este género de semillas? No, no son los dogmas. Jesucristo hubiera hecho mejor guardando en este punto completo silencio. Debía haber fundado una religion, espiritualista sí, pero circunscrita en el orden de la naturaleza; debía abstenerse de intercalar en ella misterios incomprensibles. Despejado el árbol de estas ramas daría mas abundante fruto, y la filosofía pudiera reposar á su sombra. Pero aun así, las doctrinas por él anunciadas, el sistema cristiano en su conjunto, era mucho mejor que lo que entonces existía; y por una fuerza irresistible, por la ley del progreso que domina la historia y la humanidad, este sistema debía estenderse, desarrollarse y ejercer su poderoso influjo.»

Poco ó nada quedaria de esta vana y jactanciosa armazón, si á cada uno de sus argumentos se le sometiera al fallo de un justo é imparcial criterio. De seguro que no saldrán por ella fiadores, ni la experiencia de la historia, ni la experiencia del corazón humano. Hágase de este mas profundo estudio, y se vislumbrará con cuánta tiranía ó con

cuánta sagacidad le dominan sus aviesos instintos para que se deje sorprender por los atractivos de una moral severa. No le entran por este lado las seducciones. Es sobradamente paternal el cariño que profesa á sus extravíos, para no exigir que sean tratados con cierto miramiento. Jesucristo afirmó que su yugo era ligero; mas dejad á las pasiones árbritas de tantear su peso, y os replicarán que es gravoso en demasía. Aun no se ha inventado la fábula del caballo salvaje que relincha de contento al ver que se le coge por las crines y se le sujeta con un freno. El hombre lo admite, sí, pero lo quiere blando; consiente en arrancar algunas plumas á las alas de su alvedrío, pero quiere que sean pocas; se acomoda á contener dentro de ciertos límites sus acciones, pero quiere esas barreras tan bajas y tan apartadas como sea posible. ¿Obraba conforme con los impulsos de la naturaleza el que iba á sujetar los corazones y los espíritus á las prescripciones de la nueva doctrina?

Seguramente es bella la moral del evangelio; mas ¿la predicaban los apóstoles únicamente para que fuese tema de una admiración estéril, para que sirviese de pauta á deducciones puramente especulativas? ¿Y quereis que pueblos amamantados con la grosera leche de sus torpezas y errores, solo por consideración á su belleza, corriesen desalados á desprenderse de sus hábitos, de sus costumbres, de sus preocupaciones? ellos que veían á las debilidades humanas santificadas con el ejemplo de sus dioses? ellos que ningún recelo podían abrigar escudados con su excesiva tolerancia? ¿Tan mal avenidos se hallaban con su Tártaro y sus Campos Elíseos, cuando el camino de estos nada tenía de áspero y pedregoso, y las puertas de aquel solo se abrían á los perpetradores de crímenes escepcionales?

Jesucristo dijo á sus apóstoles: os haré pescadores de hombres. Si para cebar el anzuelo no hubiese tenido mas que la austeridad y belleza de su moral, de seguro que al cabo de la jornada le hubieran respondido aquellos: *tota nocte laborantes nihil cepimus*. ¿Tan dulce es el atractivo de una ley de perpétuo sacrificio? Y si es tan dulce, tan poderoso su aliciente, ¿por qué no la adoptan las naciones que sin tener la desventura de no conocerla tienen la desgracia de no seguirla? ¿Por qué dentro de las mismas sociedades cristianas el mundo las escarnece, y mira con irrisión y lástima á sus seguidores? ¿Por qué pretende relegarla al fondo de los claustros, al mismo tiempo que clamoorea contra esos anacronismos de piedra, y aspira con tal ahinco á transformarlos en bazares y teatros? ¿Por qué los increí-

dulos que tanto la preconizan no dan el ejemplo de practicarla severamente?

Brilla la moral evangélica por su estremada pureza; pero cabalmente eso mismo debia ser un obstáculo á la estension de su predominio en los corazones: sin la garantía de su origen divino mal hubiera podido combatir las resistencias de la corrupcion humana. Sus enemigos han llegado hasta el extremo de calificar de imposible la rigurosa observancia de sus preceptos, y sus amigos no han vacilado en llamar *ángeles revestidos de carne humana* á los que se distinguieron por la evangélica pureza de sus costumbres. Esta espresion figurada y aquella temeraria acusacion son dos testimonios opuestos, de los cuales viene á deducirse que si la moral del evangelio hubiera sido magnífica invencion del hombre, nunca hubiera descendido de las impalpables regiones de la teoría.

Ninguna duda cabe respecto á la inmensa superioridad de esta moral sobre cuantas ha producido la filosofía. Pero cuando tantos y tan diversos pueblos espontáneamente la abrazaron, ¿hallábanse por ventura no solo ellos, sino sus hombres de mayor saber y perspicacia, en estado de discernirla, de comprenderla como nosotros la comprendemos? La elevacion de miras, el perfeccionamiento del sentido estético, la mayor delicadeza y profundidad de juicios, ¿no se deben por ventura á la introduccion y desenvolvimiento del espiritualismo cristiano? Los racionalistas del dia que poseen el arte de poner en relieve las bellezas de la moral evangélica, ¿no lo deben por ventura á resabios de la educacion que han recibido? ¿No es que á pesar de su aversion al cristianismo, piensan, sienten y respiran dentro de una atmósfera cristiana?

Mas, si la moral de Jesus por sí sola, prescindiendo de los dogmas ó á pesar de los mismos, pudo en breve tiempo agrupar un número infinito de prosélitos ¿cómo se explica la esterilidad de los moralistas anteriores á Jesucristo? ¿Será cabalmente porque sus prescripciones eran menos austeras? ¿Será únicamente porque ellos predicaban mucho con la pluma y nada con el ejemplo? Pero entonces donde está el poder intrínseco de las ideas? ¿dónde ese germen sagrado que tarde ó temprano tiene que desenvolverse? ¿dónde la influencia avasalladora de la palabra? ¿Triunfa la moral que se impone, y hubo de ser derrotada la que con abundantes razones se probaba, la que con elocuentes rasgos se persuadia? ¿Moral sin religion, quimera vana! ¿Qué es la moral sin el apoyo de una base religiosa? un buen tema, y nada mas, para académicas disertaciones.

Así como la sublimidad de la moral evangélica se revela principalmente por los dogmas con que está enlazada, así de estos mismos le provino su fuerza expansiva para estenderse hasta los últimos confines de la tierra. Que el mundo alumbrado por la antorcha de la fe, y precisado á reconocer la divinidad del legislador, acatara sus leyes por mas que austeras, bien se comprende; pero que la rigidez de estas mismas leyes le entusiasmara hasta el grado de renunciar á sus placeres, renegar de sus tradiciones y admitir sin reparo nuevas y desconocidas creencias por el ahinco de hacerlas florecer en humildes y perseguidas congregaciones, cosa es harto dura para creer sobre su palabra al filosofismo. Cuando se quiere echar abajo un edificio, la destruccion empieza por arriba; mas cuando de levantarlo se trata, lo primero que se construye son los cimientos.

T. AGUILÓ.

EL ACTO DE FE NACIONAL (1).

Las naciones viven, como los individuos, su vida superior de recuerdos, esperanzas y convicciones profundas. El que dijo tan tontamente en el congreso español que la nacion como tal no debia tener religion, porque la nacion no tiene alma que pueda ser por Dios juzgada, debia probarnos asimismo que la patria no debe tener grandes alegrías ni grandes tristezas, porque la patria no tiene corazon para sentir las. Y no obstante, ahí está muy próximo para desmentirle un dia de fe nacional, de recuerdos nacionales, de esperanza nacional y de nacional regocijo. Y este dia no es alguna fecha revolucionaria, porque afortunadamente hasta hoy las fechas revolucionarias no logran llenar el corazon de los pueblos. Este dia, pueblo español, es tu gran dia siglos há. Este dia es el 8 de diciembre: la fiesta de la Purísima Concepcion.

Mi objeto hoy es recordar á los católicos españoles la necesidad de que la *fe nacional* se ostente con esta ocasion mas pujante y fervorosa que nunca, que se vea que somos una nacion de católicos, y que de consiguiente España, á pesar de todas las imposiciones revolucionarias, á pesar de su atea legislacion, á pesar de las alharacas de los menos, sigue siendo nacion católica.

En menos palabras: aquel dia está consignado en nuestros calendarios y en nuestras ordenanzas como fiesta nacional; sea pues todo lo de aquel dia un acto de fe nacional.

—¿Y qué podremos hacer para que sea este acto de fe tan brillante y magnífico como corresponde á la fe profunda del verdadero pueblo español?

(1) De la *Revista Popular* de Barcelona tomamos este artículo, y nos asociamos á su viva escitacion para que los españoles celebren hoy nacionalmente la fiesta de su celestial patrona.

¡Válgame Dios y su Madre purísima! ¿Qué podreis hacer? Preguntádselo á vuestro propio corazon si amais de veras á España y á María, y él os lo dirá con mayor elocuencia que este pobre articulista. Pero si quereis oír mi parecer, oidlo.

Desearia que en todas las parroquias de España se diese principio á aquel gran día con una comunión general. Donde haya un grupo de católicos fervorosos, reúnanse, hagan celebrar con alguna iluminacion una misa rezada, y reciban en ella el cuerpo y sangre preciosísimos de Nuestro Señor Jesucristo, que son cuerpo y sangre de María Inmaculada. Nada mas eficaz para mover el corazon de Dios que la reunion fraternal de los hijos en torno de la mesa del Padre. Y no hay poblacion tan pobre ó tan falta de fe, donde no haya un buen número de católicos capaces de organizar este sencillo cuanto en sí grandioso acto de adoracion, de súplica y de alabanza, pues todo esto se encierra en la sagrada comunión.

¿Y por qué no ha de celebrarse misa solemne con música y sermon, á donde concurra todo el pueblo con el atavío de las mas grandes solemnidades católicas?

¿Y por qué no han de organizarse lucidas procesiones, ó solemnes rosarios, ó alegres trisagios, que llenen la tarde ó la noche, como la santa comunión ó la misa solemne han llenado la mañana?

Donde haya *sociedades católicas*, celebrense academias públicas literarias en loor de la Virgen Inmaculada. La poesía es la florecencia espontánea del corazon poseido de elevados sentimientos; la música es su compañera mas sublime é ideal. ¿Por qué no hemos de hacer que la literatura y la música rindan tambien homenaje á la fe de nuestra patria y á la pureza de nuestra Madre?

Finalmente, la alegría y alborozo popular son tambien tributo de fe y de alabanza religiosa, cuando es la religion quien los mueve y los anima y los dirige. El mas profundo y católico de nuestros dramáticos, el gran Calderon, dijo á propósito de esto en uno de sus autos:

En el día del Señor.
Los regocijos son cultos.

Donde no se atraviésen pues graves inconvenientes, dispónganse iluminaciones, recorran músicas las calles, dispárense fuegos, cuélguense las casas, como sabemos lo hacen ya algunas poblaciones. Salga la religion á plaza, siquiera para dar este disgusto á los que desearan encerrarla en lo mas oscuro de nuestros templos, por miedo á su influencia bienhechora. Salga á la plaza, y probemos al siglo y á los incrédulos amigos suyos, que si el catolicismo impone á veces deberes penosos y exige austeros sacrificios, tiene en cambio tesoros de consuelo, alegría y expansion para los corazones que viven á él amorosamente abrazados.

Vea todo el mundo que el 8 de diciembre es verdaderamente nuestro gran día, nuestro acto de fe nacional.—
F. S. y S.

CRÓNICA.

El *Diario de Florencia* relata una conversacion que ha mediado entre el papa y un personaje francés, en los siguientes términos:

«Entre las personas admitidas en audiencia por Pio IX se hallaba un distinguido francés, á quien el papa reconoció.

—Acompañadnos á paseo, le dijo.

El francés siguió á la corte, admirado de ver á Pio IX de mejor aspecto y mas rejuvenecido que hace tres años.

En el jardín se dirigió á él nuevamente el papa, diciéndole:

—Venid aquí, caballero; así, cerca de mí. ¿Qué se hace en Paris? ¿Han reconstruido la columna de Vendome?

—Aun no, padre santo; pero segun dicen, debe hacerse pronto.

—¡Ah! no es fácil en los tiempos que corremos levantar lo que ha caído en tierra. ¡Hay tantas cosas que carecen de base! ¿Qué es lo que pondrán por remate de esa columna? porque no supongo restablezcan lo que habia antes.

—Tratan de colocar una estatua alegórica de la Francia, santísimo padre.

El papa habló entonces de Francia en términos que manifiestan su cariño á esa nacion y las esperanzas que en ella funda: dijo que todo lo creado en Francia desde el 1789 no tenía por base el catolicismo, por cuya causa ha sucumbido; que cuanto se cree hoy, como lo que se creó entonces, no apoyándose en esa base, caerá tambien. Pero como quiera que la base del catolicismo no puede á pesar de los esfuerzos de la perversidad humana ser destruida ni en Francia ni en los demás países, llegará día en que sobre esta imperecedera base se construirá un edificio, que subsistirá, en día no lejano.»

Un religioso ha escrito desde Roma lo siguiente:

«En la audiencia que el bondadoso Pio IX me concedió, tuve la dicha de oír de su propia boca estas satisfactorias palabras:

—Conozco por los efectos, me dijo, que se ruega mucho por mí... Estoy bien persuadido que bajo este concepto soy verdaderamente un papa privilegiado y el objeto de una providencia especial, pues no recuerdo haber leído ni oído que se haya rogado tanto por ningun otro papa. De todas las partes del mundo recibo noticias que me consuelan, y á las fervorosas y continuas oraciones de tantos millones de buenas almas debo, y de esto no tengo ninguna duda, la fuerza que tanto necesito, y que Dios me dispensa con suma largueza.

Despues de haber hablado de otras cosas, me atreví á decirle:

—Beatísimo padre, tranquilizadme... ¿Cómo estais de salud? ¿Os encontráis realmente bien? ¿Sería cierto, por desgracia, que en estos últimos días sufráis mucho? Aunque vuestro semblante no lo demuestra, uno se ve casi obligado á creerlo, cuando por todas partes lo dicen.

Al oír esto, el papa, riéndose, me contestó:

—Sí, hijo mio, sí; me hallo muy bien de salud, escepto algunas ligeras indisposiciones propias de mis 80 años. Te aseguro que mi salud es buena. No obstante, debo deciros que ayer á la noche por *La Libertà* (periódico ministerial de Roma) tuve noticia de mi grave enfermedad. Como yo lo ignoraba, estos buenos señores han tenido la amabilidad de avisarme de que estoy gravemente enfermo, que los médicos temen mucho por mi vida, que de un momento á otro me iré al otro mundo, que ayer me sobrevino un síncope que me duró dos horas, y que todo el Vaticano está alarmado con el temor de una inminente crisis que hará necesario un próximo conclave... Y en verdad no sabia nada de tal cosa: únicamente sé que de estos infelices excomulgados cada día parte alguno para la eternidad, y yo me quedo.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

PERFECCIONES DE DIOS.

Siguiendo el curso de las ideas que empezó á desarrollar en su conferencia anterior, el joven presbítero D. Miguel Maura trató en la del último domingo de las perfecciones ó atributos propios de la divinidad. A presencia de este océano insondable el limitado entendimiento de la criatura se queda como confundido y anonadado: la grandeza del objeto que contempla le oprime; descubre un horizonte inmenso que no pueden abarcar ni el ojo humano ni la perspicacia del ángel de mas elevada gerarquía. No puede hacer mas que ir rastreando perfecciones en las cosas criadas, y reunir las y elevarlas al mas alto grado que conciba la imaginación, seguro de que ha de hallarse todavía á una distancia infinita de la realidad; porque todo lo que existe ó puede existir de bondad, de justicia, de verdad, de hermosura, de sabiduría, de grandeza, todo existe simultáneamente en el criador y existe en un grado infinito. El Sér que es fuente y origen de todos los seres, á cada uno ha señalado sus límites; mas para sus atributos inefables ni hay ni puede haber limitación alguna: es infinito por esencia. En Dios están encerradas todas las cosas, porque él llena todos los espacios imaginables; y no solamente fuera de Dios, es decir, mas allá de Dios nada existe, sino que ni siquiera puede concebirse este mas allá. Las criaturas en sí no son mas que una pálida sombra de lo que son en la mente divina, de la misma manera que las imágenes trazadas con el pincel ó con la pluma están lejos de tener la viveza y colorido que tienen en la mente del pintor ó del poeta que las ha concebido. Sus perfecciones finitas y relativas son débiles reflejos de la suma y absoluta perfección de Dios, del mismo modo que el centelleo de un trocito de cristal mal bruñado se debe á los reflejos del inmenso globo que derrama la luz del día. Así como el genio no solamente ve las composiciones que ha trasladado al papel ó al lienzo, sino también las que se han quedado en embrión ocultas en el fecundo seno de su fantasía, así Dios por su ciencia infinita ve con igual claridad todo lo que realmente existe y todo lo que no existiendo cabe en las categorías de lo posible. Con igual mirada contempla lo presente, lo pasado y lo porvenir. Él está fuera del tiempo, y por lo mismo su ojo escrutador abarca de un solo golpe de vista todos los acontecimientos que se verifican en la sucesión de los tiempos. El reptil no descubre mas que un pequeño espacio del suelo sobre el cual se arrastra, el águila levanta su vuelo y contempla el conjunto y los accidentes de una dilatada comarca. Nosotros somos semejantes á los reptiles, vivimos atados á un eslabon de la cadena de los siglos, no vemos mas que la generación que nos precede y la que inmediatamente nos sigue; pero Dios ve la extensión toda de esta cadena, y sostiene con sus manos adorables el primero y el último de sus ani-

llos. Y esto porque es eterno. La eternidad de Dios no es una vida sucesiva sin principio ni fin: es una vida que se vive siempre y toda entera en todos y cada uno de los momentos. El hombre vive día por día todo el tiempo que pasa encerrado en la cárcel de su cuerpo, el ángel vive según los actos de pensamiento y de voluntad que brotan del fondo de su sér: Dios no forma una serie de actos; su vida, por decirlo así, se comprende en un acto único que dura toda la eternidad.

Concluido el discurso, un hábil profesor tocó una agradable pieza en el piano, y después tres jóvenes recitaron una especie de escena dramática en prosa, del mismo Sr. Maura, calcada sobre las principales ideas de su discurso y terminada con los siguientes tercetos:

En la mar, en el campo, en las estrellas
Veo, Señor, lanzadas por tu mano
De tu escelso poder vivas centellas.

¿Quién ordena y concierta el monte, el llano,
La turbia mar, la fuente cristalina,
El pájaro, la flor, el aire vano?

Oh gran poder! oh ciencia peregrina!
Que al no sér llama y el no sér responde,
Que con su luz al caos ilumina!

Ambos los vence la bondad, que en donde
Vil barro, polvo vil tan solo vemos,
La imagen bella del Criador esconde.

Los hombres la creación no comprendemos,
Los divinos arcanos que atesora
Leer con ciegos ojos pretendemos.

A Dios saluda la risueña aurora,
Que perlas vierte en las galanas flores;
El hombre ingrato á su Dios no adora.

Mientras el triste ocaso en los horrores
De la noche sepulta el claro día,
Hacia Dios lanza vívidos fulgores.

El viejo invierno, que con mano fría
Sus piés envuelve en sábanas de nieve,
Su lánguida plegaria á Dios envía.

La hermosa primavera su pié leve
Danzando agita entre floridas rosas,
Y á bendecir á Dios su fiesta mueve.

El rico estío trovas armoniosas
A Dios entona entre doradas mieses,
Y empuñan la hoz sus manos afanosas.

Nuevos frutos otoño y nuevas reses
Mas bien que avaro pródigo atesora,
Previendo que vendrán desnudos meses.

Todo alaba y bendice la creadora
Mano del Hacedor en la natura:
Elevando tu mente á Dios adora,

Venturoso mortal, de Dios hechura.

La fiesta de la Concepción Inmaculada patrona de la Asociación se solemnizará esta noche con un discurso del Pro. D. Rafael Cabrer, con un diálogo y academia poética por varios jóvenes, y con varias piezas de música ejecutadas por una orquesta.